

Vida y literatura: la tolerancia en la obra de Cervantes

CELSA CARMEN GARCÍA VALDÉS*

En la formación de la conciencia de un escritor influyen poderosamente no solo las circunstancias específicas del momento en que se despliega su actividad creadora, sino también el ambiente en que ha vivido y las experiencias que ha tenido a lo largo de su vida anterior. Los años de cautiverio, junto con los de su estancia en Italia, fueron trascendentales en la vida espiritual e intelectual de Miguel de Cervantes.

Si la experiencia italiana y los años de milicia fueron para Cervantes determinantes, el cautiverio, como hecho extraordinario de su vida, ha dejado huellas en toda su producción literaria.

El 7 de octubre de 1571 intervino Cervantes heroicamente en la batalla de Lepanto, en la que fue herido de tres arcabuzazos, uno de los cuales le dejó inútil la mano izquierda. Repuesto, tomó parte como soldado en las expediciones de Túnez, Corfú y La Goleta, entre otras. En 1575, de regreso a España, con cartas de recomendación del virrey Duque de Sessa y del Capitán General don Juan de Austria, la galera *Sol* en que viajaba en compañía de su hermano Rodrigo fue apresada por los piratas berberiscos. Conducido a Argel sufrió cinco largos años de cautiverio en los que intentó fugarse en cuatro ocasiones sin éxito. Su hermano Rodrigo pronto fue rescatado, pero nuestro escritor lo tuvo más difícil a causa precisamente de las cartas de recomendación que encontraron en su poder. Creyeron que era persona importante y pidieron por él un fuerte rescate de 500 escudos, cantidad desorbitada para las posibilidades económicas de su familia, hasta que el 19 de septiembre de 1580, reunida esa cantidad, fue rescatado por los Padres Trinitarios.

Durante los cinco años que estuvo prisionero en Argel, Cervantes tuvo ocasión de conocer directamente las costumbres y modos de vida de otra cultura. No

* Universidad de Navarra.

es mi intención minimizar las penalidades del cautiverio cervantino. Muchos son los testimonios que dan cuenta de los sufrimientos y trabajos de los cautivos.

Así, León el Africano afirma haber visto, en una visita que hizo a la ciudad de Tetuán, tres mil esclavos cristianos que dormían por la noche encadenados en el fondo de fosos subterráneos. La descripción que hace el padre Contreras de las mazmorras que visitó en el año 1539, en Tetuán, muy semejantes a las argelinas, refleja una situación espeluznante:

Tres estados debajo de tierra tienen las mazmorras, que son a manera de silos, con seguiles alrededor, y en lo alto una lumbrera con una reja. De estos silos o calabozos, hay algunos que se comunican por unos tránsitos angostos. No entra en ellos aire ni sol, ni se puede ver el cielo y apenas la luz. [...] La inmundicia es notable por la continua asistencia de tantos hombres. El tufo y mal olor intolerable. Certificóme uno de los padres redentores, que de haber estado un rato con los cautivos, salió sin sentido. [...] La cama una esterilla. Desnudos, aherrojados con cadenas y grillos, argollas y otras crueles prisiones, entre las cuales hay unas barras de hierro gruesas y largas que llaman alcándaras, asidas las extremidades a dos cadenas. En éstas les obligan a poner los pies, apartado el uno del otro una vara. El verano por ser la tierra muy cálida y haber mucha gente en tan estrecha morada se abrasan de calor. En este lugar... están los cautivos de día y de noche, si no es que salgan a trabajar, entonces los sacan tarde y los vuelven temprano y el tiempo que andan fuera traen una cadena al pie. Aun enfermos no mejoran de vivienda ni tienen diferente comodidad, en tan rigurosa cárcel pasan sus enfermedades.

Bastaría, a falta de estos y otros testimonios, con hojear *Escuela de trabajos* de fray Gabriel Gómez de Losada (Madrid, 1670), a la que pertenecen los textos siguientes:

[...] no a todos ponen al remo y así, los demás dejan para el servicio de la ciudad, de sus casas y jardines y a muchos traen con cadenas y hierros [...] y duermen en las mazmorras cargados con las prisiones... muchos con las cadenas a cuestras traen leña, llevan a los hornos el pan para cocer, barren y lavan muy continuamente los patios... (pp. 91-92).

[...] Nunca vacan del trabajo, porque si el patrón no tiene en qué ocuparles, les obliga vayan a ganar el jornal... o que trabajen en las obras de sus amigos o vecinos y les dicen muchas veces busquen sustento necesario para sí y así viven como camaleones que se sustentan del viento y por eso andan todos tan flacos, consumidos y desfigurados que apenas se pueden tener en los pies... El lecho es el suelo y cuando mucho un pedazo de estera en que descansan sus afligidos miembros y no se hallará que el patrón diga a su esclavo enfermo ¿qué te duele?, ¿cómo estás? o ¿quieres algo?... enfermos les hacen trabajar... y si se cansan y se rinden arrojándose en el suelo les levantan a puro palo... (p. 96).

Testimonios tenemos que proceden de las propias obras de Cervantes. Claro está que en estos hay que tener en cuenta lo que hay en ellos de transformación literaria, de elaboración estética¹.

¹ En *El trato de Argel*, un cautivo decide escaparse, porque su amo le hace pasar una terrible vida de hambre, desnudez, cansancio y frío: y no puede esperar rescate porque su familia es de humilde condición, datos que parecen vividos por él mismo. Pero el desesperado lamento del cautivo Aurelio con que comienza la obra: "Triste y miserable estado! / Triste esclavitud amarga... ! Oh, purgatorio en la vida, / infierno puesto en el mundo", evoca, como ha demostrado Zimic, los versos escritos sobre la

Es cierto que en los lugares que estaban cerca de las fronteras (Alkazar, Tetuán, Larache o Salé) permanecían los cautivos en mazmorras subterráneas y, casi siempre con cadenas en los pies, pues “la cercanía de plazas cristianas hacía más fácil la escapatoria para aquellos presos con ansias de emprender la aventura”, como recuerda Jerónimo de Mendoza en *Jornada de África*, impresa en Lisboa, 1607. Pero esto no era lo habitual: algunos vivían en casas particulares, y a otros sus dueños los empleaban en el servicio doméstico o en otras tareas, según las habilidades de cada uno. No era infrecuente que los cautivos gozaran de relativa libertad de movimientos e incluso de culto, lo que no dejaba de admirar a los españoles:

Y aun otra cosa, si adviertes,
que es de más admiración,
y es que estos perros sin fe
nos dejen, como se ve,
guardar nuestra religión²,

pues, como anota Clemencín, “probablemente en aquella época no se hubiera permitido otro tanto a los moros cautivos en España”. Por el propio Cervantes sabemos que celebraban algunas festividades con representaciones de teatro. Conviene también tener en cuenta que los cautivos constituían un bien, eran moneda de cambio por dinero o por especies, y sus amos tenían que poner cierto cuidado en no estropear demasiado la humana mercancía. Además había cautivos que eran más valiosos que otros porque de ellos se esperaba obtener un elevado rescate y, aunque equivocadamente, éste era el caso de Cervantes debido a las cartas de recomendación que obraban en su poder cuando fue hecho cautivo. Seguramente no fueron mucho mayores los sufrimientos y privaciones —excepto los rigores que acarrea la falta de libertad— que pasó Cervantes en Argel que los que pasó en sus años de soldado.

Quiero decir con esto que Cervantes, durante los años de cautiverio, no vivió de espaldas al mundo que le rodeaba; tuvo ocasión de conocer directamente la vida y costumbres de los otomanos, de los moriscos, de los judíos, de los renegados, de los cautivos cristianos y, posteriormente, cuando trama los argumentos de sus obras (*El trato de Argel*, *Los baños de Argel*, *La Gran Sultana*, *El gallardo español*, la historia del cautivo del *Quijote*, el relato de Ricaredo de *La española inglesa*³, *El amante liberal*) tiene presentes las experiencias vividas. Alguna vez, incluso, se han llegado a sobrevalorar las “comedias de cautivos” cervantinas como documentos históricos y biográficos⁴.

entrada del Infierno de Dante. En *El gallardo español* pone Cervantes expresiones de queja en boca del moro Alimuzel (“¡Oh triste y dudoso estado / insufrible de sufrir...”), dictadas por el amor, muy semejantes a las que pone en boca de cautivos en otras obras.

² *Los baños de Argel*, CERVANTES, *Teatro completo*, ed. F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas, Madrid, Planeta, 1987, p. 254.

³ En *La española inglesa*, el relato de Ricaredo abunda en sugerencias autobiográficas en relación a Cervantes: el banquero contra el cual libra su dinero, el sitio donde fue capturada su “faluga”, su cautiverio en Argel y su rescate por los padres Trinitarios. Durante la batalla de la flotilla de Ricaredo contra la turca al principio de la novela, se dice que las galeras turquescas eran del pirata Arnaute Mamí, el mismo que mandaba las tres galeras que atacaron, en 1575, a la *Sol*, donde iba Cervantes.

⁴ El cautiverio como motivo literario basado en la realidad del siglo XVI no estaba ausente de la época anterior a Cervantes. Francisco López Estrada estudió, ya hace algunos años, el tema del cautivo en los romances y en la historia de Abindarráez. Pero tanto en el *Abencerraje* como en la novela de Ozmín y Daraja de Mateo Alemán, el tema del cautivo estaba rodeado de idealización renacentista.

Podemos, pues, hablar de una influencia directa, externa, vivida, que Cervantes refleja en sus obras: costumbres, descripción de trajes, cuadros de brillante exotismo, lugares geográficos, tecnicismos náuticos usados con toda precisión⁵; nada escapa a la aguda observación de este cautivo, que nos dejó en sus obras un monumental retablo de datos sobre la vida del cautiverio.

Pero yo quisiera hacer aquí algunas reflexiones sobre una influencia menos visible, si se quiere, pero no por ello menos profunda: ¿la riqueza y valores del encuentro de las dos culturas dejó alguna huella en la personalidad y obra cervantinas?

Cervantes en los cinco años que vivió en Argel respiró un ambiente de tolerancia: convivencia de pueblos, de grupos étnicos –turcos, andaluces o moriscos, moros (a veces difíciles de distinguir de andaluces y usan ambos términos juntos: moro andaluz), árabes–, de religiones: musulmanes, judíos, cristianos, que no se daba en los últimos años de la España de Felipe II, y que necesariamente tuvo que influir en su particular visión de los grandes problemas humanos.

A lo largo del siglo XVI, en España, el foso que separaba la comunidad de los moriscos (musulmanes convertidos al cristianismo sólo exteriormente la mayoría de las veces) y los cristianos se hizo más profundo, como lo prueban los numerosos procesos inquisitoriales. La preocupación por la limpieza de sangre era obsesiva y llegaba a extremos grotescos: comer tocino alejaba toda sospecha; rechazarlo podía ser peligroso⁶. Por las mismas razones, un hombre de entendimiento agudo o que mostrase interés por determinados estudios podía ser objeto de comentarios malévolos: el ingenio sutil y la actividad intelectual eran “cosa de judíos”⁷.

Cervantes se burla de estas generalizadas y ridículas opiniones. Para Cervantes el hecho de ser cristiano viejo no prejuzga de la calidad de las personas y por tanto no es en sí motivo de distinción. Lo que diferencia a los hombres entre ellos es su comportamiento: “no es un hombre más que otro si no hace más que otro”. Sancho puede ser conde con sólo ser cristiano viejo⁸, y en *El retablo de las maravillas* utiliza Cervantes un viejo motivo folclórico para ridiculizar a los que, como Sancho, llevan “cuatro dedos de envidia de cristiano viejo”.

Tampoco necesita mucho más Sancho para ser gobernador: “Letras –respondió Sancho– pocas tengo, porque aun no sé el abecé; pero bástame tener el

⁵ En *El amante liberal*, en una batalla final los bajeles de Hazan y de Alí atacan al del cadí; Cervantes demuestra un gran conocimiento de lugares, de bajeles y de tecnicismos náuticos. Ver en Agustín G. DE AMEZÚA, *Cervantes creador de la novela corta española*, 2 tomos, Madrid, CSIC, 1956, 1958, pp. 54-55.

⁶ Estas ideas se pueden ver desarrolladas en Javier SALAZAR RINCÓN, *El mundo social del “Quijote”*, Madrid, Gredos, 1986.

⁷ Las ocupaciones intelectuales, la simple cultura llegan a hacerse tan sospechosas que, según el humanista MAL LARA en su *Filosofía vulgar*, “es señal de nobleza de linaje no saber escribir su nombre”.

⁸ “Que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta” (*Quijote*, I, 21); “aunque pobre, soy cristiano viejo...” (*Quijote*, I, 47); “eso allá se ha de entender con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de envidia de cristianos viejos, como yo los tengo” (*Quijote*, II, 4); “que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo, como soy, que nos habían de oír los sordos...” (*Quijote*, II, 3).

Christus en la memoria para ser buen gobernador...”⁹. Y de la misma opinión son los aspirantes a alcalde en el entremés de *La elección de los alcaldes de Daganzo*. Cuando el bachiller le pregunta a Humillos si sabe leer, éste contesta:

No, por cierto,
ni tal se probará que en mi linaje
haya persona tan de poco asiento,
que se ponga a aprender esas quimeras,
que llevan a los hombres al brasero...

No sabe leer pero sabe otras cosas, en su opinión, más ventajosas:

Sé de memoria
todas cuatro oraciones, y las rezo
cada semana cuatro y cinco veces.

Y cuando le preguntan si con eso piensa ser alcalde:

Con esto, y con ser yo cristiano viejo,
me atrevo a ser un senador romano¹⁰.

La idea de la igualdad y la dignidad de los seres humanos está presente en toda la obra de Cervantes; en relación con esta idea se halla la crítica cervantina del habitual concepto del honor en su época. En *El trato de Argel*, hace decir al corsario Aydar, que explica la facilidad con que han hecho prisioneros a numerosos cristianos:

...y el soldado más lucido,
el más flaco y más membrudo,
luego se muestra desnudo
y del bogavante asido.
Pero allá tiene la honra
el cristiano en tal extremo,
que asir en un trance el remo
le parece que es deshonra;
y mientras ellos allá
en sus trece están honrados,
nosotros, dellos cargados,
venimos sin honra acá¹¹.

Y aún son más críticos los juicios de Cervantes cuando se trata del drama provocado por la pérdida de la honra. De ahí la nada convencional solución que en sus obras se da a ciertos problemas amorosos, en contradicción con las soluciones dadas en el teatro contemporáneo.

El irónico ataque contra el analfabetismo (el *Quijote* ya fue visto por los españoles de la época como una sátira contra la ignorancia y la credulidad¹²)

⁹ *Quijote*, II, 42.

¹⁰ CERVANTES, *Entremeses*, ed. C. C. García Valdés, Madrid, Santillana, 1997, p. 45.

¹¹ CERVANTES, *Teatro completo*, ed. cit., p. 868.

¹² Así lo demuestra la anécdota contada por el morisco de Tazator, hoy Testour (Túnez), Juan Pérez, alias Ibrahim Al-Taybili, sucedida en Alcalá de Henares, en las ferias del año 1604: va el morisco con un cristiano sin cultura, un cristiano de los que no saben “ni leer, ni comprenden los escritos que nos han legado los antiguos y nuestros antepasados, y en los cuales, aunque sean obra de infieles, hay mucho que ver y mucho que aprender”. El morisco compra libros de varios autores, entre ellos de Pedro Mexía y fray Antonio de Guevara. El cristiano no conoce estos autores y reprocha al morisco que no haya comprado *Palmerín de Oliva*, *Amadís de Gaula*, *Don Belianís de Grecia*, y otros así, que son histo-

y el rechazo de las nociones vigentes acerca de la honra dibujan una personalidad marginal. Rodríguez Puértolas, en su edición de *El pensamiento de Cervantes de Américo Castro*, recoge un texto de Rosenkranz ilustrativo de estas afirmaciones:

Cervantes era un verdadero español; pero el espíritu crítico que en él se albergaba, el genio reformador que le animaba eran ajenos a su patria. En esto es único, pero justamente en esto se fundaban la universalidad de su filosofía, la libertad racionalista de su juicio, la humanidad de su poesía¹³.

El contraste entre Cervantes y el modo usual de razonar los españoles de la época fue notado hace tiempo, si bien no se buscaron explicaciones en la experiencia vivida en el cautiverio.

Por encima de la ortodoxia religiosa que Cervantes manifiesta de continuo (antes se dejara cortar la mano con que escribió las *Novelas ejemplares*, “si pudieran inducir a quien las leyere a un mal deseo o pensamiento”, y en la primera parte del *Quijote*, “no se descubre ni por semejas una palabra deshonesto, ni un pensamiento menos que católico”), hay que destacar su actitud tolerante y respetuosa con el musulmán. Son sorprendentes algunos textos cervantinos por esa ecuanimidad y esfuerzo de objetividad que aun hoy asombran.

Un morisco, Cidi Hamete Benengeli¹⁴, es el autor de *Don Quijote de la Mancha*, y, aunque es morisco, Cervantes no duda en afirmar que es sabio: “para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento”¹⁵, y le califica como “puntualísimo escudriñador”, “flor de historiadores”, “filósofo mahomético”, que llega a repetir tres veces “¡Bendito sea el poderoso Alá! ¡Bendito sea Alá!” el bismillah que Cervantes habría escuchado cinco veces al día salmodiado por los almuédanos de las mezquitas de Argel. Cidi Hamete puede llegar a altas reflexiones como cualquier cristiano “porque esto de entender la ligereza e inestabilidad de la vida presente y la duración de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la luz natural lo han entendido”¹⁶. Así piensa Cervantes, pero su ironía pronto se hace presente: cuando don Quijote y Sancho se enteran de que el autor de la historia es un moro, se alarman, pues “de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque son todos embebecadores, falsarios y quimeristas. Temíase [don Quijote] no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso”¹⁷.

rias reales y tratan del extraordinario valor de esos caballeros. Un estudiante que se encontraba allí comenta: “nos ha salido un nuevo don Quijote”, refiriéndose a que el cristiano sólo conoce libros de una clase y cree, como don Quijote, que son verdaderos. La anécdota es recogida por Jaime OLIVER ASÍN en *El Quijote de 1604*. Con ella pretende probar que la obra de Cervantes era famosa a mediados (la feria de Alcalá tenía lugar en agosto) de 1604.

¹³ Barcelona, Noguer, 1972, p. 71, n. 97.

¹⁴ Desde 1501 no existían oficialmente musulmanes en España: todos eran cristianos bautizados sometidos a autoridades cristianas con mayor o menor nivel de tolerancia frente a aquella realidad que todos sabían ficticia. En 1560, con Felipe II, cuando se dejó de ser tolerante con aquella ficción, estalló la rebelión de los moriscos en las Alpujarras granadinas. Tras ella muchos moriscos fueron hechos esclavos, otros pasaron a Berbería.

¹⁵ *Quijote*, II, 3.

¹⁶ *Quijote*, II, 53.

¹⁷ *Quijote*, II, 3.

Este distanciamiento de Cervantes alcanza su cota más representativa en la comedia de *El gallardo español*. En ella, como en la obra cervantina, en general, la nacionalidad y la religión practicada, en sí, no son determinantes de la bondad o villanía de un personaje: Alimuzel es moro, pero no le va a la zaga en caballeridad y exquisitez de sentimientos a don Fernando de Saavedra, que es cristiano (Alimuzel dirá: “No es enemigo el cristiano / ;contrario, sí!”; don Fernando asegura a Alimuzel: “la ley que divide / nuestra amistad no me impide / demostrar hidalgo pecho”); Buitrago es cristiano, pero es vulgar, grosero y codicioso; el cristiano Oropesa, en su codicia ataca el aduar de Arlaxa y Alimuzel, “empresa rica y sin peligro”, y se escandaliza porque don Fernando ha tomado su defensa y ha peleado contra “cristianos” (“O está don Fernando loco, lo es ya de Cristo enemigo”) Pero don Fernando, en el sentir de Cervantes, no ha combatido contra cristianos españoles: ha defendido a unos seres humanos, que son moros, contra un individuo codicioso, que es español y que se dice cristiano. (En su momento don Fernando combatirá como un héroe en defensa de la ciudad y de los suyos). Y aún se pueden aducir dos detalles más donde la irónica sonrisa de Cervantes está presente: uno, en labios del propio moro Alimuzel, en su reto –con reminiscencias de los romances del cerco de Zamora– a los de Orán:

No me trae aquí Mahoma
a averiguar en el campo
si su secta es buena o mala,
que él tiene deso cuidado¹⁸.

Otro es la despedida del capitán Guzmán y el propio Alimuzel:

GUZMÁN.- Tu Mahoma, Alí, te guarde.
ALIMUZEL.- Tu Cristo vaya contigo¹⁹.

Existe, por una parte y por otra, amistad, respeto, tolerancia, sin tener en cuenta diferencias religiosas ni étnicas.

Para Cervantes el ser cristiano, en sí, no significa nada. Hay cristianos buenos y cristianos malos, infieles buenos e infieles malos. En *La española inglesa*, la protestante reina Isabel tolera y favorece a la católica Isabela. Cuando una camarera dice a la reina que Isabela “era católica y tan cristiana, que ninguna de sus persuasiones, que habían sido muchas, la había podido torcer en nada de su católico intento, respondió la reina que por eso la estimaba en más, pues tan bien sabía guardar la ley que sus padres la habían enseñado”²⁰. Comprensión y señoril tolerancia en la reina frente al discurso de la camarera, como disculpa para asesinar a Isabela:

Mandó la reina prender a su camarera y encerrarla en un aposento estrecho de palacio, con intención de castigarla como su delito merecía, puesto que ella se disculpaba diciendo que en matar a Isabela hacía sacrificio al cielo, quitando de la tierra a una católica...²¹.

¹⁸ *El gallardo español*, en *Teatro completo*, ed. cit., p. 21.

¹⁹ *Idem*, p. 30.

²⁰ CERVANTES, *La española inglesa*, en *Obras completas*, ed. Á. Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1960, 11ª ed., p. 866.

²¹ *Ibidem*.

Moros, protestantes y cristianos aparecen usando la tolerancia y también la barbarie. No es la religión practicada lo que distingue a los hombres sino sus obras. Un renegado es hombre de bien porque siempre ha hecho bien a cristianos, es decir, ha observado una conducta humana con quienes le rodeaban²². Esto mismo dirá Sancho de otro renegado: "... y yo me atengo al Renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas"²³. Los moros infligen crueles torturas a un sacerdote cautivo, muestra de la indecible inhumanidad de que es capaz el hombre; pero la crueldad no está solo en los moros; estos lo hacen en represalia del morisco a quien "los justos inquisidores condenaron al fuego" en Valencia²⁴. Y si bien es cierto que los moros trafican con la humana mercancía, también lo es que no son los únicos: los propios cautivos se delatan, por tres escudos; la propia familia de los cautivos se niega a pagar el rescate. La codicia y la crueldad no son exclusivas de una etnia o de una religión. Cervantes lleva su burla contra quienes se jactan de ser hombres de bien sólo por ser cristianos viejos, hasta el punto de considerar al propio diablo hombre de bien e incluso buen cristiano:

—En Dios y en mi conciencia —respondió el Diablo...

—Sin duda —dijo Sancho— que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano; porque a no serlo no jurara "en Dios y en mi conciencia".

Y Cervantes confirma por boca del propio Sancho que en todas partes hay personas buenas y malas: "Ahora yo tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente"²⁵.

También en *La gran sultana* cuestiona Cervantes la presuposición de que la afiliación religiosa determine el quilate moral y cívico del individuo. Hace que el sultán y Catalina superen las diferencias de índole social y religiosa demostrando que son posibles las relaciones entre personas de creencias y culturas distintas. Por ello, aunque el matrimonio del sultán y Catalina sea cosa de fantasía en cuanto a las circunstancias, como afirma Canavaggio, es símbolo de "una fervorosa exaltación de la tolerancia, del amor y de la paz entre toda la gente del mundo"²⁶ o, como afirma Adolfo Marsillac, "un canto arrebatado a la tolerancia"²⁷. Lo esencial al problema de la comedia, el conflicto entre el cristianismo y el mahometismo, se representa no como problema, sino como armonía realizada. El mismo proceso de armonía que se cumple entre dos personas de distinta religión en la historia del cautivo del *Quijote*²⁸.

²² Ver en *Quijote*, I, 60.

²³ *Quijote*, II, 64.

²⁴ Ver en Stanislav ZIMIC, *El teatro de Cervantes*, Madrid, Castalia, 1992, el estudio dedicado a *Los tratos de Argel*, especialmente las pp. 45 y 46.

²⁵ *Quijote*, II, 34.

²⁶ ZIMIC, p. 202.

²⁷ No estoy de acuerdo con alguna crítica (Joan de Sagarra, *El País*, 9-IX-92) que considera que el sultán tan tolerante, en opinión de Marsillac, no está dispuesto a conceder a su dama la libertad que esta le implora y que por un momento cree que le ha sido concedida: "Levanta, señora mía, / que para ti no se extiende / la merced que quiero hacer, / pues, si lo quieres saber, / sólo a varones comprende". Porque en el texto lo que se dice es: "Levanta, señora mía, / que a ti no te comprende / la merced que quise hacer; / y, si la queréis saber, / a los esclavos se extiende, / y no a ti que eres señora / de mi alma, a quien adora / como si fueses su Alá" (vv. 2424-31, p. 442 de la ed. de Sevilla y Rey). Me parece que ha habido un mal entendimiento del texto.

²⁸ ZIMIC (ob. cit., p. 190) ha observado la distinta reacción, en circunstancias semejantes, del "cristiano" padre de Catalina en *La gran sultana* y del moro Agi Morato, padre de Zoraida, en la historia del cautivo.

He pretendido poner de relieve la tolerancia, la generosidad, la imparcialidad con que Cervantes juzga a los seres humanos, guiándose por su manera de proceder y no por la religión que practican o por la raza a que pertenecen.

Se podrían aducir textos en contrario, y algún estudioso cervantino así lo ha hecho²⁹, no teniendo bastante en cuenta el contexto, y la ironía de Cervantes. En las obras más cercanas a su estancia en Argel se encuentra avivado el sentimiento religioso, porque el cristianismo representa entonces para Cervantes la libertad y la patria frente a la cautividad del turco argelino³⁰. Quizá por ello los turcos no salgan bien parados en las obras cervantinas, y suspire Cervantes por una acción bélica contra aquellos salteadores de naves³¹. Los propios moriscos reconocen: “En Berbería y en todas las partes de África, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan”³². “Pasamos a Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fue en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno”³³. En el *Persiles*, unos moriscos que se van con los turcos creyéndoles sus libertadores pronto “comenzaron a sentir la pobreza que les amenazaba su mudanza, y la deshonra en que ponían a sus mujeres y a sus hijos”. Los propios moros deseaban “más ser cautivos de cristianos ellos y sus mujeres e hijos que ser sujetos a los turcos de quien tan mal tratamiento y tantas tiranías reciben”³⁴.

No, no habla bien Cervantes de los turcos, pero parece bastante humano en quien fue su cautivo durante cinco años, y no creo que la animosidad contra el turco que en algún momento Cervantes deja traslucir pueda ser aducida como un rasgo de intolerancia.

También se ha citado como rasgo de la intolerancia de Cervantes la furiosa diatriba contra los moriscos que se encuentra en el *Coloquio de los perros*, que responde en realidad a lugares comunes y es un reflejo de la opinión más generalizada que circulaba por el país, basada en motivos de rivalidad económica o de incompreensión más que en motivos religiosos, de manera parecida a como se habla hoy de los inmigrantes en los países de acogida; o las burlas crueles de que son objeto los judíos en las comedias cervantinas de *Los baños de Argel* y *La gran sultana*. El cruel trato del sacristán para con el judío en *Los baños de Argel* pierde su validez dada la distinta calidad de las personas: el judío es una persona íntegra, de absoluta firmeza en su fe, en contraste con la “oportunista” religión cristiana del sacristán. El judío demuestra una gran dignidad personal frente a las injusticias del mundo de que es víctima;

²⁹ Morel-Fatio juzga a Cervantes intolerante porque siempre que habla de los moriscos lo hace con desprecio y odio.

³⁰ Durante su cautiverio, según su compañero Antonio de Sosa, Cervantes “se ocupaba muchas veces en componer versos en alabanza de nuestro Señor y de su bendita Madre, y otras cosas santas y devotas, algunas de las cuales comunicó particularmente conmigo”. (P. TORRES LANZAS, “Información de Miguel de Cervantes, de lo que ha servido a S. M. y de lo que ha hecho estando cautivo en Argel”, en *RAMB*, XII, 1905).

³¹ En la *Epístola a Mateo Vázquez* y en *El trato de Argel* exhorta al rey a combatir a los turcos argelinos, azote de nuestras villas marítimas; no le parece bien que España se desgaste en luchar contra cristianos civilizados. También Lope de Vega en *Los milagros del desprecio* hace decir a un personaje: “Bien mirado, ¿qué me han hecho / los luteranos a mí?”

³² *Quijote*, II, 54.

³³ *Quijote*, II, 63.

³⁴ Archivo de Simancas. Estado. Leg. 1122, f. 64.

manifiesta una sincera solidaridad con el sufrimiento humano, sin distinciones de nacionalidad o afiliación religiosa. Las burlas del sacristán representan un fanatismo insensato que Cervantes ridiculiza. El cadí así lo entiende cuando observa: “Con españoles, esto y más se pasa”. Y no sabemos realmente hasta dónde puede llegar el mar insondable de la ironía cervantina.

El propio Cervantes fue consciente de la trascendencia que los años de cautiverio podían tener en el desarrollo de la personalidad del individuo. En *El amante liberal* los jóvenes Leonisa y Ricardo han ganado en madurez a través de las experiencias del cautiverio. Leonisa se ha convertido en una joven reflexiva y madura; en Ricardo se ha operado un cambio trascendental, una transformación moral: desaparece su arrogancia y violencia y queda en su lugar la liberalidad: renuncia a Leonisa y se la entrega a Cornelio, aunque Cervantes arregla el final feliz que el lector espera, porque Ricardo ha aprendido también que su liberalidad tiene un límite y éste es la libre voluntad de Leonisa: no puede mostrarse liberal con lo que no le pertenece, y Leonisa no es suya; hace Cervantes una doble afirmación de la libertad: la libertad física, del cautiverio (“que es uno de los mayores contentos que en esta vida se puede tener, llegar, después de un luengo cautiverio, sano y salvo a la patria”), y la libertad moral de la pareja.

Todo esto refleja la comprensiva visión cervantina sobre la condición humana que en cualquier latitud terrestre se manifiesta con las mismas inclinaciones y responde a los mismos estímulos.

Hay en la obra de Cervantes una consideración de fundamentales problemas humanos, éticos y sociales, de perenne actualidad, que, como dije al principio, bien puede deberse a la riqueza y valores del encuentro de las dos culturas durante los años de cautiverio argelino, en los que, como dice en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*, “aprendió a tener paciencia en las adversidades”.

BIBLIOGRAFÍA

- CASTRO, Américo, *El pensamiento de Cervantes*, ed. Julio Rodríguez Puértolas, Barcelona, Noguer, 1972.
- CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes-Editorial Crítica, 1998.
- *Entremeses*, ed. C. C. García Valdés, Madrid, Santillana, 1997.
- *Obras completas*, ed. Á. Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 1960.
- *Teatro completo*, ed. F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas, Madrid, Planeta, 1987.
- GONZÁLEZ DE AMEZÚA, Agustín, *Cervantes creador de la novela corta española*, Madrid, CSIC, 1956, 1958, 2 vols.
- SALAZAR RINCÓN, Javier, *El mundo social del “Quijote”*, Madrid, Gredos, 1986.
- TORRES LANZAS, Pedro, “Información de Miguel de Cervantes, de lo que ha servido a S. M. y de lo que ha hecho estando cautivo en Argel”, *RAMB*, XII, 1905.
- ZIMIC, Stanislav, *El teatro de Cervantes*, Madrid, Castalia, 1992.